



EL BARCO
DE VAPOR

¿Quién sabe liberar a un dragón?

Paloma Sánchez Ibarzábal

Ilustraciones
de Andrés Guerrero



Primera edición: febrero de 2007

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Paloma Sánchez Ibarzábal, 2007

© de las ilustraciones: Andrés Guerrero, 2007

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

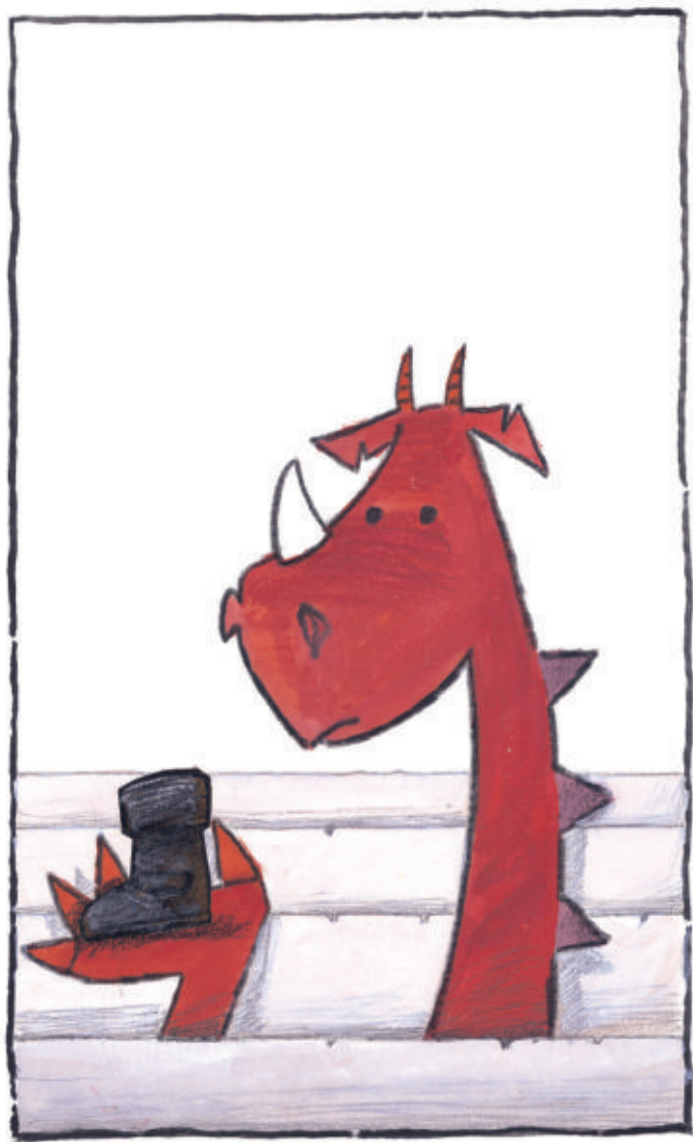
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mis sobrinos
Sergio, Daniel, Inés, Jaime, Rebeca y Javier,
que aún tienen edad de liberar dragones.*

ÉRASE UNA VEZ un dragón atrapado en las páginas de un cuento viejo.

Más solo que la una estaba. Solo él y su cueva. Nadie más. Ni el sol de día, ni la luna de noche. Ni gente, ni otros dragones que le hicieran compañía. Ni nubes, ni lluvia, ni viento, ni nada de nada.

El dragón saltaba de una página a otra, como el que salta de un prado



al prado de al lado, entre la niebla. Pero no encontraba a nadie. Todos se habían marchado hacía mucho tiempo de ese cuento. De vez en cuando, tenía suerte y encontraba un zapato perdido, abandonado en el rincón de alguna página. Y el dragón pensaba: «Debió de pertenecer a algún campesino».

O encontraba un lazo rosado, sucio y medio roto.

«Debió de pertenecer a alguna muchacha», se decía el dragón.

Pero, aparte de esas pequeñas cosillas insignificantes, nadie le acompañaba en sus larguísimos días.

Hubo un tiempo en el que el cuento estuvo lleno de historias y dibujos pre-

ciosos: hermosas montañas, pueblos entrañables, cielos azulísimos, bosques sombríos, lagos cristalinos...

–¡Ay, aquellos tiempos felices! –se lamentaba el dragón cuando recordaba por las noches.

Y es que por las noches al dragón le entraba la nostalgia...

La nostalgia es el deseo de que las cosas vuelvan a ser como siempre fueron. Y todas las noches, el dragón deseaba que las páginas de aquel cuento volvieran a llenarse de personajes, de letras, de dibujos hermosos, y contarán juntos una historia. Como antes. Pero sabía que eso era imposible. Porque el tiempo... ¡nunca vuelve hacia atrás! Y entonces, esa nostalgia se le

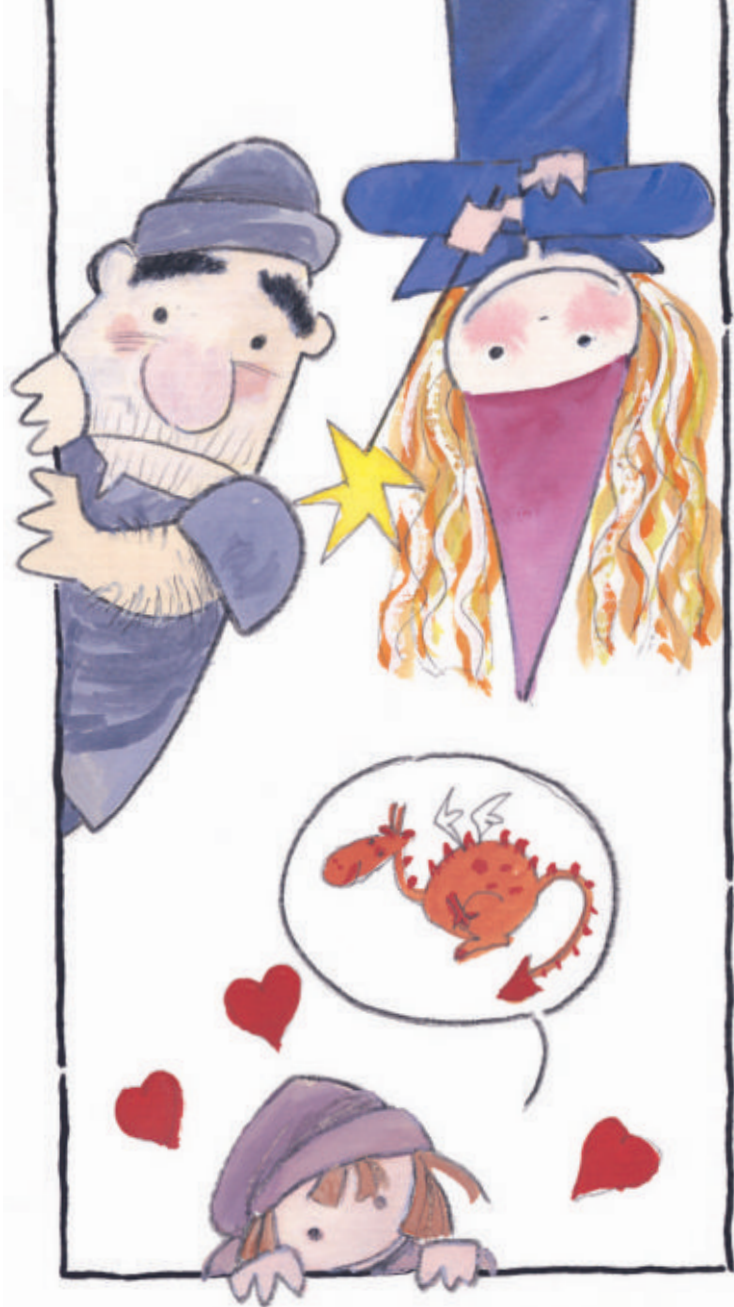
enredaba en su enorme corazón de dragón, como una hiedra venenosa, ahogándolo de pena.

Y el dragón, resoplando soledad en la entrada de su cueva, recordaba... Recordaba su propia historia de dragón terrible...

Era la suya una historia típica de dragones: con su Caballero Valiente, con los campesinos miedosos y brutos, con un niño amante de los dragones... ¡y hasta con un hada! Era... ¡era su historia!

Y por eso a él le parecía hermosa, aunque fuera una historia corriente de dragones.





... Él era un dragón joven entonces, recordó... Un dragón algo travieso, pero no malo. Intentaba hacer las cosas bien, pero a veces le salían mal... ¡aunque siempre sin querer! Le gustaba la gente, pero se sentía muy solo allá en las altas montañas, donde estaba su cueva. Y por eso volaba cada día sobre el pueblo para ver qué hacían los campesinos. Él quería tener amigos para salir con ellos a jugar por el bosque.

¡Pero los campesinos le temían! Su cuerpo de dragón terrible les aterraba.

«Tengo que hacer algo bueno por la gente del pueblo –pensó el dragón–, algo que les demuestre que quiero ser su amigo».

Así comenzaba el cuento, recordó.

Y después de que pensara esto, el dragón se pasaba a la página siguiente. Y la historia continuaba...

... Un día, el dragón vio a los pastores de ovejas cuidando de sus rebaños en la montaña. Hacía tanto frío que el aliento se les volvía de humo al salir de su boca. Tiritaban. El dragón se compadeció de ellos y pensó: «Haré un buen fuego para que se calienten».

Y pasó en vuelo rasante sobre los pastores. De su boca salió una poderosa llamarada y se encendió la hoguera.

El dragón pensó: «Ya tienen donde calentarse».

Pero los pastores dijeron:

–¡El dragón nos ataca con bocanadas de fuego! ¡Sálvese quien pueda!

Y echaron a correr colina abajo, olvidando a las ovejas en el monte.

«¿Por qué habrán salido corriendo?», se dijo el dragón.

En ese momento, al dragón le entraron unas ganas enormes de estornudar. ¡Y estornudó!



Y al estornudar se desprendió de su garganta todo el hollín acumulado por echar tantos fuegos. ¡Una gran nube de polvo negro envolvió a las ovejas más cercanas! Cuando la nube desapareció, las ovejas blancas... ¡habían dejado de serlo!

El dragón, al ver aquello, no le dio importancia.



–¡Vaya, los pastores se alegrarán de tener medio rebaño blanco y otro medio negro! En la variedad está el gusto.

Y tranquilamente regresó a su cueva.

Cuando los pastores regresaron por el rebaño (varias páginas después) dijeron:

–¡El dragón ha chamuscado nuestras ovejas!

Ese incidente le dio mala fama.

Y a partir de ese día le echaban la culpa de todo cuanto sucedía, aunque el dragón nada tuviera que ver en ello.

Si un rayo caía sobre las cosechas y se incendiaba el maíz, los del pueblo decían:

